

HOMILÍA EN LA EUCARISTÍA CELEBRADA EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Querido señor Obispo emérito de Barbastro, queridos hermanos presbíteros concelebrantes, queridos hermanos y hermanas todos. Yo os saludo expresándoos mi afecto, y mi agradecimiento a Dios por vuestra fe, por vuestra vida cristiana y por vuestros trabajos apostólicos en la diócesis.

Estamos celebrando hoy, cuando se cumplen justamente cien años del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, la Eucaristía con un gozo particular. Es también una forma de agradecer nuestra diócesis vuestra presencia y actividades.

Muy pronto Josemaría encontró la vocación singular de su vida. Había nacido en el año 1902 y ya en 1928, el 2 de octubre, va a descubrir el sentido y la vocación particular a que el Señor le invitaba. Ese día nace en su corazón un carisma que poco a poco se irá plasmando en el desarrollo de su existencia y de sus trabajos pastorales, un carisma al servicio de la Iglesia y de la humanidad.

Nace entonces un camino nuevo en la Iglesia del que muchos se aprovechan intensamente pero que a todos pertenece. Josemaría Escrivá de Balaguer es un don a la Iglesia, es un don del Señor que ha ido germinando en el suelo nutricio de la Iglesia para bien de todos nosotros. Él nos ha enseñado, profundizando en el Evangelio, con la luz de lo alto, algo tan importante como lo siguiente: en cualquier situación en que nos encontremos, en cualquier lugar del mundo, hemos recibido una llamada a la santidad, es decir, a la perfección del amor de Dios y de los hombres. Allí donde transcurra nuestra existencia, a través de la santificación del trabajo cotidiano, sin salir de nuestro propio estado de vida, se hace presente la llamada de Dios a la santidad a cualquier persona, a cualquier hombre o mujer, jóvenes o ancianos, casados o solteros, sanos o enfermos, que en virtud del bautismo han renacido a la vida nueva en Dios nuestro Padre.

Esta intuición cristiana empezó pronto a difundirse entre nosotros. Antes de ser erigida la diócesis de Bilbao en 1938 y 1939, el Beato Josemaría predicó ejercicios espirituales a los sacerdotes y seminaristas en Vergara. D. Rufino Aldabalde, director espiritual del Seminario de Vitoria, lo invitó de nuevo en junio de 1940.

La primera vez que vino a Bilbao fue el 31 de enero de 1938 para visitar a un estudiante de la residencia, abierta en la calle Ferraz de Madrid, que estaba gravemente enfermo. Posteriormente visitó repetidas veces Bilbao para dar charlas y atender sacerdotalmente a las primeras vocaciones del Opus Dei. En 1944 se dieron los pasos iniciales para instalar el primer centro de la Obra en la calle Correo de nuestra ciudad. En 1951 comenzó el Colegio Gaztelueta, en Las Arenas, que es sin duda una obra emblemática entre las numerosas actividades. Sucederían posteriormente diversas casas de retiro, otros colegios, centros para actividades educativas, sociales y apostólicas. Desde pronto el Opus Dei echó raíces hondas en nuestra diócesis. Hoy recordamos todas estas tareas para bendecir al Señor por los beneficios que hemos recibido a través del siervo de Dios Josemaría.

Nuestra diócesis está también vinculada a la persona de Josemaría por un dato biográfico. Un hombre entrañable de nuestra diócesis, D. Ambrosio, durante

muchos años ha sido obispo de la diócesis de Barbastro, donde nació el Beato Escrivá de Balaguer. Hace poco comentaba impresionado el último encuentro que tuvo con Josemaría.

Queridos hermanos, ante todo debemos dar gracias al Señor por su legado espiritual siempre importante, y si queréis particularmente en la actualidad. El trabajo no es sólo una forma penosa de ganar el pan de cada día; el trabajo es una actividad humana que se convierte en “obra de Dios” por su gracia. El trabajo es el lugar donde el Señor nos encuentra para revelar su rostro y hacer fecunda, también cristianamente, nuestra existencia. Santificar el trabajo, santificarnos en el trabajo, ayudar a que otros se santifiquen a través del trabajo, fue una consigna constante del Bto. Josemaría. Acatamos de esta forma la tarea fundamental que hemos recibido como encargo de Dios nuestro Señor: “Cultivad la tierra, cultivaos, mejorad el mundo”.

En estos días celebramos el misterio de la encarnación y de la manifestación del Hijo de Dios. Jesús es el rostro del Padre, es la imagen del Dios invisible (cf. Col 1,15). Viniendo a nuestra tierra se ha convertido con su palabra y su comportamiento, con su entera presencia, en revelación de Dios y camino para nosotros a través de la historia. “El mismo Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros excepto en el pecado” (*Gaudium et Spes*, 22). La dignidad suprema del trabajo como realización de la persona y como mejora del mundo radica en el misterio del Verbo encarnado. El trabajo ha sido redimido del castigo original para ser por obra del Redentor lugar de santificación.

Hoy precisamente, cuando a veces la improvisación y las prisas y el convertir en aspiración suprema el ganar mucho dinero a través de un trabajo cuanto menor y más fácil mejor, qué importante es el recordar la dignidad humanizadora y santificadora del trabajo. Ahí estamos cumpliendo la voluntad de Dios. La profesión, la oración y el apostolado, hacen de nuestra vida una unidad psicológicamente armónica y una ofrenda a Dios.

El que la Iglesia haya descubierto esta hondura del trabajo, de la calidad del trabajo y del cumplimiento esmerado de la profesión es también una excelente colaboración con la sociedad. Ésta se beneficia de personas que, motivadas por la fe en Jesucristo que santificó en Nazaret la vida cotidiana, trabajan con preparación, responsabilidad y dedicación. El famoso pensamiento de *Camino*: “Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil. Deja poso”, ha repercutido muy positivamente en la sociedad.

Ha enseñado a invocar al Señor, a veces de una forma muy sencilla, con una jaculatoria repetida, hasta que poco a poco, resultando pobres las palabras, “se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio” (Beato Josemaría), y el rostro del Señor se va fijando en nuestro interior y esa comunicación íntima va calentando el corazón y lo convierte en instrumento vivo de irradiación del Evangelio.

El vínculo entre oración y apostolado es esencial. Dios quiere nuestra santificación en medio del mundo, a través de nuestra profesión, cumpliendo no sólo con competencia, sino también con actitud cristiana nuestros trabajos. Cuando se hace

esto ante Dios qué extraño es que después hayan madurado excelentes profesionales en esta escuela del Evangelio. No podemos hacer entonces las cosas con mediocridad ni improvisación; somos candidatos, queridos hermanos, a hacer las obras bien; aspiramos a “la obra bien hecha” ante Dios con amor y con entrega a los hermanos.

Si desarrollamos nuestras obligaciones ante Dios, en conciencia y a conciencia, sin buscar en la aprobación de los hombres el premio, podemos ser personas útiles y hombres de bien, allí donde nos encontremos, cualquiera que sea nuestra profesión. El Opus Dei no va a decir tú haz esto o lo otro, como profesión; rige una gran libertad para insertarse cada uno en las tareas temporales. Sí le enseñará a obrar en sintonía profunda con la fe cristiana, le ayudará espiritualmente para poder hacerlo, le enseñará a rezar, le facilitará recibir los sacramentos, se le ofrecerá en sus grupos el fortalecimiento y el testimonio recíproco. Y así con la libertad de los hijos de Dios puede ir plasmando en su vida la llamada particular que el Señor le haga, día tras día, en comunión eclesial con el Papa y los obispos de cada diócesis, amando a la Iglesia que es nuestra familia. Podemos también tener sufrimientos en el interior de esta familia, pero es nuestra Madre. ¿Dónde vamos a encontrar el hogar de nuestra fe fuera de esta casa de Dios?

Con todas estas actitudes, queridos hermanos, podemos ser eficaces en medio del mundo, con la vocación particular que cada uno ha recibido. Y hoy en nuestra sociedad vivir así es extraordinariamente importante. Vivir en medio del mundo es nuestra vocación, sin ocultar la fe y sin imponerla; con sencillez, y si queréis con naturalidad, y la naturalidad significa espontaneidad vital, que se ha hecho carne y sangre de nuestra forma de vivir el ser cristianos.

Entre la indebida imposición de la fe y la igualmente indebida marginación a la privacidad debe discurrir nuestra vida cotidiana. Estamos llamados a ser testigos del Señor con nuestra forma de vivir y también con nuestra palabra clara y oportuna. Los campos de la santificación y el apostolado son innumerables: el matrimonio y la familia, la vida en su origen y en su ocaso natural, la profesión, la participación en la formación de la opinión pública, la inspiración cristiana de la educación, la luz de la fe en la orientación de la ciencia y de la técnica, la justicia en la economía, el impulso de la fraternidad cristiana para que la humanidad entera sea como una familia, la acogida de los necesitados... En medio del mundo buscamos la santidad. Tanto la vocación universal a la santidad como la llamada al apostolado son rasgos de toda existencia cristiana consecuente.

Un discípulo de Jesús no puede esconder el tesoro más precioso que ha recibido, reservándose egoístamente para sí; mostrémonos sencillamente como cristianos, sacando de la fe en Dios, de los sacramentos recibidos asiduamente y de la formación cristiana sólida, los principios que orientan nuestra vida, la fuerza para vencer las tentaciones, los criterios y las pautas de comportamiento moral. Todos necesitamos apoyarnos en Dios, que es el pilar de nuestra existencia, para vivir con dignidad verdadera y actitud servicial.

Estamos reunidos aquí esta tarde celebrando el centenario del nacimiento de esta persona extraordinaria, elegida por Dios para abrir un camino en la Iglesia. Un santo, un beato, quiere decir que las entrañas maternas de la Iglesia fecundadas por el Espíritu Santo continúan gestando, produciendo, engendrando hombres habitados por la plenitud del amor de Dios. Estos hombres son orientación, estímulo en la vida, compañía preciosa, interceden por nosotros en la salud y en la enfer-

medad, cuando nos sentimos más alentados, y cuando podemos experimentar más la carga y la cruz. Con ellos vamos adelante en el camino de la vida cristiana, unos siguiendo muy de cerca sus pasos y otros recibiendo su beneficio por una irradiación más distante.

Queridos hermanos, yo me alegro mucho de celebrar la Eucaristía con todos vosotros, en este lugar santo, en la Basílica de Begoña, que también Josemaría visitó cuando estuvo en Bilbao. Imitemos la devoción tan entrañable que él tuvo a Santa María la Virgen. Que Ella nos acompañe a ir descubriendo los caminos de Dios en nuestra propia historia.

Una llamada nos hace a todos: realizar el trabajo bien, con honradez, competencia, perseverancia, dedicación, y con amor a Dios. De esta forma nuestra vida entera se convierte en un testimonio natural y gozoso, alegre y esperanzado, de que es bueno el reconocer a Dios como nuestro Padre que nos ha confiado la tierra para que la guardemos y cultivemos (cf. Gén 2,15).

Queridos hermanos, que el Beato Josemaría interceda por nosotros. Yo hoy le pido especialmente que por su intercesión recibamos un doble don: la pacificación plena en nuestro pueblo y las vocaciones sacerdotales y religiosas.

Es verdad que tenemos muchas indigencias en la vida, pero ciertamente tenemos necesidad de que el Señor toque nuestro corazón, el de todos, para que nuestra convivencia sea pacífica, justa y serena. Y necesitamos esas vocaciones preciosas que él descubrió muy pronto como servicio clave en su fundación, a saber, las vocaciones sacerdotales; por esto, el día 14 de febrero de 1943 comenzó en el interior del Opus Dei la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Debemos fomentar las vocaciones religiosas para la vida apostólica y contemplativa; una persona desde el claustro, por ejemplo, es un aldabonazo en medio del mundo que trae noticias de Dios. ¡Sí hay noticias de Dios! ¡Hay tantas personas que por su forma de vivir son una noticia de Dios! El amor que los mueve mana de una fuente, que es Dios mismo.

Como ha escrito el prelado del Opus Dei, Javier Echeverría, “el centenario quiere ser una mirada al futuro; no es nostalgia del pasado, sino proyecto, esperanza, deseo sincero de progresar en el amor a Dios y al prójimo”, siguiendo la invitación del Papa al empezar el nuevo milenio: “Rema mar adentro” (cf. Lc 5,4). Obedeciendo al Señor, echemos las redes; contemplando a María, “estrella del mar”, perseveremos en los trabajos apostólicos. El pasado acogido con respeto y agradecimiento nos impulsa a la esperanza laboriosa y paciente; la herencia espiritual es una responsabilidad que se nos encomienda. Demos gracias a Dios por haber recibido de su generosidad la persona y el carisma eclesial del Beato Josemaría Escrivá.

Basílica de Begoña, 9 de enero de 2002

✠ **Ricardo Blázquez**
Obispo de Bilbao
